



Grimscrobe

Vidas y obras

THOMAS LIGOTTI

Thomas Ligotti, «el secreto mejor guardado de la literatura de horror contemporánea», según el *Washington Post*, nació en Detroit en 1953 y estudió en la universidad estatal de Michigan. Ha trabajado como editor asociado de la editorial Gale hasta 2001, año en que fijó su residencia en Florida. En 1986 apareció su primera colección de relatos: *Songs of a Dead Dreamer*, a la que sucedió *Grimscribe: Vidas y obras* en 1991, *Noctuario* en 1994 y *Teatro Grottesco* en 2006. En 2010 apareció su inclasificable ensayo *La conspiración contra la especie humana*, una extraña combinación de guía de la literatura de horror y tratado de filosofía nihilista. Descendiente en línea directa de Edgar Allan Poe y Howard Phillips Lovecraft, con quienes compone la insana, justa y necesaria Trinidad de la moderna Literatura Fantástica y Extraña, Thomas Ligotti es un escritor de ficción sobrenatural sin excusas ni condiciones, devenido ya en un clásico.

En las páginas de *Grimscribe* laten las obsesiones y paradojas filosóficas y existenciales de Thomas Ligotti, ya descritas con desasosegante e implacable minuciosidad en *La conspiración contra la especie humana*, pero que adquieren aquí una dimensión indagatoria en la narrativa del horror, a través de las múltiples voces de este «escriba macabro». Al igual que en *Noctuario*, los relatos que componen *Grimscribe* son crónicas del lado tenebroso, que cuestionan los cimientos sobre los que se asientan la realidad y la razón. En el universo ominoso y desquiciado de Ligotti la Creación es el mal absoluto y la locura acecha en la esencia misma de las cosas. Tras la fachada de lo real se cierne una contrarrealidad de máscaras que ocultan un universo de podredumbre, crueldad y muerte.

Para mi hermano Bob.

Nota

Para la traducción de los textos de ***Grimscribe***, este escriba macabro del lado tenebroso, hemos seguido la edición de 2011 de Subterranean Press, corregida por el propio Thomas Ligotti.

INTRODUCCIÓN

Su nombre es...

¿Lo recordaré alguna vez? Hay un enorme lapso de memoria que tal vez sea la única cosa que podría salvarnos del horror definitivo. Quizás la verdad la conocen aquellos que creen en el paso de una vida a otra y que aseguran que entre cierta muerte y cierto nacimiento hay un intervalo en el que se olvida un nombre viejo antes de aprender uno nuevo. Y recordar el nombre de una vida anterior es comenzar a deslizarse de vuelta a aquella enorme negrura en la que todos los nombres poseen su origen y se encarnan en una sucesión de cuerpos como versos innumerables de un escrito infinito.

Descubrir que has tenido tantos nombres es perder el derecho a reclamar ninguno de ellos. Recuperar el recuerdo de tantas vidas es perderlas todas.

Así pues, él mantiene su nombre en secreto, sus muchos nombres. Oculta unos de otros, para que no se pierdan entre sí mismos. Para proteger su vida de todas sus otras vidas, del recuerdo de tantas vidas, se oculta tras la máscara del anonimato.

Pero incluso aunque no pueda saber su nombre, siempre he conocido su voz. Eso es algo que él no puede disfrazar, a pesar de que suene a muchas voces distintas. Reco-

nozco su voz cuando lo escucho hablar, porque siempre habla de terribles secretos. Habla de los misterios y encuentros más grotescos, a veces con desesperación, a veces con deleite y, a veces, con una voz imposible de describir. ¿Qué crimen o maldición le obliga a regresar una y otra vez a esta misma rueda de terror, para hilar sus cuentos, que siempre hablan de la extrañeza y el horror de las cosas? ¿Cuándo pondrá fin a su relato?

Nos ha contado tantas cosas y nos contará aún más y, sin embargo, nunca dirá su nombre. No antes del último segundo de su vida decrepita y no después del comienzo de todos los nuevos nombres. Y no hasta que el propio tiempo haya borrado todos los nombres y haya extinguido todas las vidas.

Pero hasta entonces, todos necesitan un nombre. Todos deben ser llamados de alguna manera. ¿Y cuál podríamos decir que es el nombre de todos?

Nuestro nombre es **Grimscribe**.

Ésta es nuestra voz.

LA VOZ DEL MALDITO

[The Voice of the Damned]

UNO

LA ÚLTIMA FIESTA DE ARLEQUÍN

[The Last Feast of Harlequin]

1

Mi interés por la ciudad de Mirocaw surgió por primera vez cuando descubrí que allí se celebraba un festival anual en el que incluían, entre otros elementos festivos, la participación de payasos. Un excolega, en la actualidad miembro del departamento de antropología de una universidad lejana, leyó uno de mis recientes artículos («La figura del payaso en los medios de comunicación norteamericanos», *Journal of Popular Culture*), y me escribió para informarme de que recordaba vagamente haber leído u oído hablar de una ciudad en algún rincón del Estado en la que se celebraba todos los años una especie de «Fiesta de los Locos», y pensó que este dato podría resultar pertinente para mi línea de investigación específica. En efecto, resultó ser más pertinente de lo que yo mismo hubiera esperado, tanto en relación a mis objetivos académicos en este campo de estudio como en relación a mis objetivos personales.

Además de mi labor de profesorado, había estado involucrado en varios proyectos de antropología con el objetivo principal de determinar la importancia de la figura del payaso en distintos contextos culturales. Cada año, durante los últimos veinte años, había asistido a las fiestas previas a la Cuaresma que se celebran en varias localidades por el territorio sur de los Estados Unidos. Todos los años aprendía cosas nuevas sobre el esoterismo de la celebración. En estos estudios yo mismo era un participante entusiasta... además de realizar mi labor de antropólogo, también me colocaba tras la máscara de payaso. Y disfrutaba de este papel como de ninguna otra cosa en mi vida. Para mí, el título de Payaso siempre ha tenido unas connotaciones de nobleza. Yo mismo era un hábil bromista, aunque pueda sonar extraño, y siempre me había sentido orgulloso de las habilidades que tan diligentemente me había esforzado en perfeccionar.

Escribí al Departamento Estatal de Festejos indicando la información que precisaba y expresando la acuciante urgencia que naturalmente despertaba en mí este tema. Muchas semanas después, recibí un sobre marrón con el logo del gobierno impreso. Dentro había un folleto que enumeraba distintas festividades de las que el gobierno tenía conocimiento oficial, y advertí de pasada que había tantas fiestas a finales de otoño e invierno como en las estaciones más templadas. Había una carta dentro del folleto en la que se me explicaba que, según sus voluminosos registros, no había constancia de que se celebrara ninguna festividad en la ciudad de Mirocaw. Sus archivos, sin embargo, estaban a mi disposición si deseaba investigar esta cuestión u otras similares en relación a algún proyecto concreto. Cuando me llegó esta oferta, ya estaba tan cargado de responsabilidades profesionales y personales que, con un movimiento de mano desganado, simplemente deposité el sobre y su contenido en un cajón y no volví a consultarlo.

Sin embargo, unos meses más tarde, desentendiéndome de mis responsabilidades, me dejé llevar por un impulso y, por puro azar, retomé el proyecto de Mirocaw. Esto ocurrió una tarde a finales de verano, cuando conducía hacia el norte con la intención de examinar algunas publicaciones en los fondos de una biblioteca de otra universidad. En cuanto abandoné los límites de la ciudad, el paisaje mutó en granjas y campos soleados, distrayendo mi atención de las señales que iba dejando atrás en la autopista. No obstante, mi subconsciente de académico debía de haber estado registrando estas señales con esmerado cuidado. El nombre de una ciudad apareció de repente en mi campo de visión. Inmediatamente, el estudioso que hay en mí recuperó ciertos registros de algún profundo cajón mental y me encontré haciendo rápidos cálculos acerca de si tendría suficiente tiempo y motivación para embarcarme en una escapada de investigación de campo. Pero la señal de salida apareció incluso más rápido de lo esperado y pronto me encontré abandonando la autopista y aferrándome a la promesa de la señal de que la ciudad no se encontraba a más de siete millas al este.

Esas siete millas incluyeron varios desvíos confusos, la obligación de tomar una ruta alternativa provisional y un destino que no se hizo visible hasta que coroné un alto promontorio. En el descenso otra útil señal me informó de que estaba entrando en el término urbano de Mirocaw. Algunas casas diseminadas en las afueras fueron los primeros edificios que encontré. Más allá de estas, la autopista numérica se transformó en Townshend Street, la avenida principal de Mirocaw.

La ciudad me pareció mucho más grande cuando estuve dentro de sus límites que cuando la vi desde el promontorio a las afueras. Observe que la irregularidad del terreno del exterior de la ciudad también era una característica interior de Mirocaw. Sin embargo, en la ciudad el efecto era diferente. Las distintas partes no parecían encajar muy bien

unas con otras. Esta peculiaridad podría ser achacada a la orografía irregular de la ciudad. A espaldas de algunas viejas tiendas en el distrito comercial, se habían erigido casas de tejados puntiagudos sobre una empinada pendiente, y las puntas de aquellos tejados parecían estar a una extraordinaria altura por encima de los edificios más bajos. Debido a que los cimientos quedaban ocultos tras la primera línea de edificios, daba la impresión de que las casas estaban suspendidas precariamente en el aire, amenazando con derrumbarse, o que habían sido construidas a una extraña altura en relación con su anchura y volumen. Esta situación también creaba una inquietante distorsión de perspectiva. Los dos niveles de edificios se solapaban sin dar sensación de profundidad, de manera que las casas, debido a su mayor elevación y proximidad a los edificios que estaban situados en primera línea, no parecían disminuir de tamaño como lo haría cualquier objeto al fondo. Por todo ello, en esa zona predominaba una imagen de paisaje bidimensional, como el de una fotografía. En efecto, Mirocaw podría ser comparada con un álbum de viejas fotografías, en especial aquellas en las que la cámara se ha movido al tomar la instantánea haciendo que las imágenes se revelen inclinadas: una torreta con el tejado cónico, como un sombrero picudo airosamente ladeado, dominaba desde lo alto las casas de una calle vecina; una valla publicitaria en la que aparecía un grupo de verduras sonrientes mostraba su mensaje ligeramente ladeada hacia el oeste; los coches aparcados junto a las aceras empinadas parecían estar volando hacia el cielo en los reflejos distorsionados de las cristaleras de un almacén de baratillo; la gente se encorvaba aletargadamente mientras caminaban de un lado a otro de las aceras, y ese día soleado una torre con reloj, que en un principio confundí con una torre de iglesia, arrojaba una larga sombra que parecía abarcar una increíble distancia y vagar por los rincones más insospechados en su avance por la ciudad. Debería decir que, tal vez, las disonancias de Mi-

rocaw afectan en mayor medida mi imaginación en retrospectiva que aquel primer día, cuando mi principal preocupación era localizar el ayuntamiento o algún centro de información.

Aparqué al doblar la esquina. Me deslicé al asiento del copiloto y bajé la ventana para llamar a un viandante; «Disculpe, señor». El hombre, vestido pobremente y muy anciano, se detuvo unos segundos sin acercarse al coche. Aunque aparentemente había respondido a mi llamada, su expresión ausente no revelaba ni la más mínima señal de que hubiera reparado en mi presencia y por unos segundos pensé que solo había sido una coincidencia que se parase en la acera al mismo tiempo que yo le llamaba. Sus ojos estaban enfocados en algún otro lugar más allá de mí con una mirada cansada e idiotizada. Poco después el hombre siguió su camino y no dije nada para atraer su atención, a pesar de que en el último segundo su rostro comenzó a resultarme vagamente familiar. Finalmente, encontré a alguien que pudo indicarme el camino al Ayuntamiento y Centro Comunitario de Mirocaw.

El ayuntamiento resultó ser el edificio con la torre del reloj. Una vez dentro, esperé junto a un mostrador tras el cual algunas personas trabajaban en escritorios e iban de un lado a otro por un pasillo trasero. En una de las paredes había un póster de la lotería estatal: un muñeco con resorte saliendo de una caja sorpresa y sujetando en ambas manos billetes verdes. Después de unos minutos, una mujer de mediana edad se acercó al mostrador.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó con un tono neutro y burocrático.

Le expliqué lo que sabía del festival, aunque no mencioné que era un académico entrometido, y le pregunté si podía proporcionarme mayor información o dirigirme a alguien que pudiera hacerlo.

—¿Se refiere al que se celebra en invierno? —preguntó ella.

—¿Cuántas fiestas hay?

—Solo ésa.

—Entonces, supongo que debe ser a la que me refiero

—sonreí como si estuviera compartiendo una broma con ella.

Sin pronunciar ni una sola palabra más, la mujer se alejó por el pasillo trasero. Mientras estuvo ausente intercambié miradas con varias personas detrás del mostrador que periódicamente levantaban la mirada de su trabajo.

—Aquí tiene —dijo la mujer cuando regresó, pasándome una hoja de papel que parecía el producto de una máquina de fotocopias barata. *Por favor, vengan a divertirse*, se leía en grandes letras. *Cabalgatas, Mascaradas callejeras, Bandas, Rifa Navideña y La Coronación de la Reina de Invierno*. El folleto continuaba describiendo una serie de actividades festivas variadas. Volví a leer las palabras. Había algo en ese pequeño «por favor» suplicante al principio del anuncio que hacía que todo el asunto pareciera una obra de caridad.

—¿Cuándo se celebra? No informa de las fechas del festival.

—La mayoría de la gente ya lo sabe.

Me quitó abruptamente el folleto de las manos y escribió algo a pie de página. Cuando me lo devolvió vi escrito «19-21 de diciembre» en tinta azul verdosa. Me sorprendió inmediatamente el extraño calendario elegido por el comité de festejos. Por supuesto, había sólidos precedentes antropológicos e históricos de celebraciones alrededor del solsticio de invierno, pero el calendario de esta festividad concreta no parecía nada conveniente.

—Si no le importa que le pregunte, ¿no resultan conflictivas estas fechas con la temporada anual de vacaciones? Es decir, la mayoría de gente ya tiene suficientes cosas de las que ocuparse en esas fechas.

—Es solo una tradición —dijo, como si invocara algún linaje venerable con sus palabras.

—Es muy interesante —me dije más a mí mismo que a ella.

—¿Puedo ayudarle en algo más? —preguntó.

—Sí. ¿Podría decirme si este festival tiene algo que ver con los payasos? Veo que se dice algo acerca de un baile de máscaras.

—Sí, por supuesto, mucha gente va... disfrazada. Yo nunca lo he hecho... pero sí, hay cierto tipo de payasos.

En ese momento se despertó definitivamente mi interés, pero no me sentía seguro de hasta qué punto seguir adelante con el tema. Agradecí a la mujer su ayuda y le pregunté cuál era el mejor acceso a la autopista, no tenía ningún deseo de regresar por la ruta laberíntica por la que había entrado en la ciudad. Regresé al coche con un torbellino de preguntas medio formuladas y otras tantas respuestas vagas y contradictorias agolpándose en mi mente.

Las indicaciones que me proporcionó la mujer me llevaron por el extremo sur de Mirocaw. No había mucha gente por las calles de esa zona de la ciudad. Y las personas que vi, arrastrando aletargadamente los pies por una calle de escaparates destartados, mostraban la misma expresión y actitud triste y vacía que el anciano al que anteriormente había pedido indicaciones. Debía de estar atravesando una arteria central de aquel vecindario, porque a ambos lados veía calle tras calle de patios descuidados y casas vencidas por el tiempo y la indiferencia. Cuando me detuve en un cruce de calles, uno de los ciudadanos de aquel suburbio pasó por delante del coche. Aquella persona delgada, taciturna y andrógina me miró e hizo una mueca extravagante con su pequeña boca tensa, aunque no parecía estar mirando a nadie en concreto. Tras avanzar unas cuantas calles más, llegué a una carretera que conducía a la autopista. Me sentí mucho más cómodo en cuanto me encontré de nuevo viajando por las extensiones de granjas bañadas por el sol.

Llegué a la biblioteca con más tiempo del necesario para mi investigación, así que decidí desviarme académica-

mente y ver si encontraba material que pudiera arrojar algo de luz al festival de invierno celebrado en Mirocaw. La biblioteca, una de las más antiguas del Estado, incluía en sus fondos todos los números del *Mirocaw Courier*. Pensé que sería un excelente punto de partida. Pero pronto averigüé que no había forma de hacer búsquedas automáticas de información de los periódicos, y no me apetecía perder el tiempo en una búsqueda a ciegas de artículos relativos a un tema específico.

A continuación examiné las fuentes más organizadas de periódicos de ciudades más grandes del mismo condado, el cual casualmente comparte nombre con Mirocaw. Descubrí muy pocas cosas sobre la ciudad y casi nada sobre su festival, excepto en un artículo general sobre eventos anuales en el área que señalaba erróneamente la existencia en Mirocaw de una «gran comunidad del Medio Oriente» que cada primavera celebraba una especie de verbena étnica. Por lo que ya había podido observar, y por lo que averigüé posteriormente, los ciudadanos de Mirocaw eran americanos del Medio Oeste de pura cepa, probablemente descendientes por línea directa de algún grupo emprendedor de habitantes de Nueva Inglaterra del siglo pasado. Había una pequeña nota dedicada a un suceso en Mirocaw, pero resultó no ser más que el obituario de una anciana que se había quitado la vida silenciosamente durante las fechas navideñas. Regrese a casa ese día con las manos vacías sobre el tema de Mirocaw.

Sin embargo, poco tiempo después recibí otra carta del excolega que me había hablado en primer lugar de Mirocaw y su festival. Resulta que había redescubierto el artículo que hizo que despertara mi interés por la «Fiesta de los Locos» local. Este artículo apareció en una oscura antología de estudios de antropología publicada en Ámsterdam hacía veinte años. La mayoría de los estudios estaban en danés, unos cuantos en alemán y solo uno en inglés: «La última fiesta de Arlequín: Notas preliminares sobre un festival lo-